

ABELARDO DE ARMAS, EL HOMBRE QUE APRENDIÓ A SUBIR BAJANDO

La falta de una perspectiva necesaria y una insuficiente visión retrospectiva impiden en estos momentos realizar una biografía completa de Abelardo de Armas. Excedería, por otra parte, la extensión requerida para esta introducción biográfica y el objetivo propuesto. Se trata aquí tan sólo de una somera presentación de su vida, una breve semblanza del autor de esta colección de reflexiones publicadas en la sección «Agua Viva» de la revista *Estar*, que ahora el lector puede leer seguidas, por bloques temáticos, y que se han ido escribiendo cada dos meses desde 1974 hasta 2002. Abelardo las ha ido redactando al hilo de la vida y de la propia experiencia espiritual. Por ello, bueno será visitar las principales páginas de su historia personal para conocer mejor sus escritos.

*

La falta de una perspectiva necesaria y una insuficiente visión retrospectiva impiden en estos momentos realizar una biografía completa de Abelardo de Armas. Excedería, por otra parte, la extensión requerida para esta introducción biográfica y el objetivo propuesto. Se trata aquí tan sólo de una somera presentación de su vida, una breve semblanza del autor de esta colección de reflexiones publicadas en la sección «Agua Viva» de la revista *Estar*, que ahora el lector puede leer seguidas, por bloques temáticos, y que se han ido escribiendo cada dos meses desde 1974 hasta 2002. Abelardo las ha ido redactando al hilo de la vida y de la propia experiencia espiritual. Por ello, bueno será visitar las principales páginas de su historia personal para conocer mejor sus escritos.

*

Abelardo, madrileño de toda la vida, madrileño por los cuatro costados, de un «Madriz» castizo y laísta, de chulapos y peinetas, con sus «ejques» y sus dreas¹, de un Madrid algo golfo, con su toque de misticismo y su esencia cosmopolita, abierto a todas las realidades y movidas... Madrileño con corazón tan blanco, blanco de mente y corazón, blanco los domingos por la tarde en Chamartín y en el Bernabéu, blanco en todas sus alocuciones y prédicas con ejemplos de Molowny, Di Stefano, Butragueño, Raúl...

Madridista apasionado, colérico de carácter, primario en ejercicio, con memoria privilegiada, algo hipocondríaco, de voz poderosa y corazón gigante, confesó en alguna ocasión haber tenido en su vida tres pasiones: «jugar al fútbol, contar chistes y el amor a la Virgen». Pero hay muchas palabras que a cualquiera que le haya conocido le evocarán recuerdos, unos para reír, otros para llorar o sentir distintas emociones... Conceptos que encierran páginas llenas de vida: Guadalcanal; Sábana Santa; 8-diciembre; estilo de vida campamental; botones; manos de Dios poderosas; el pastorcico; «pero si paice un milocotón»; estrellas como guiños de Dios; manos vacías; circo de Gredos; santidad educadora; autocorrectivo; Juan de Ávila; aguas cantarinas y noches estrelladas; el embargo (con «esas jocis clavás en el techu, y esa segureja y esi cachu e liendru»); «huya, respire, coma, consulte, propague»; cumbres, y renuncia a las cumbres; Santiago Bernabéu; aquí lo que se dice se hace; santidad desde abajo; huir de las tres «des»; el dimoni; madrecita mía en la fe, haz que crea en el amor de Dios para

¹ En el lenguaje infantil pedrea, combate a pedradas, algo en lo que él participó de pequeño con frecuencia.

conmigo; granítico tesón; laicado responsable; historias de Leonardo; agazapados en el corazón de la Virgen; subir bajando...

No son frases sueltas, sino recortes de un gigantesco rompecabezas que – unidos – dibujan la silueta de un hombre que en la segunda mitad del siglo XX se ha dejado hacer por Dios. Algunos de estos conceptos serán absolutamente incomprensibles para muchos lectores, que necesitarán leer una biografía posterior mucho más completa para entenderlos. Otros irán apareciendo a lo largo de estas páginas. Pero, después de todo, si no logra entrar bien en su vida, ya sabe que la palabra de acceso que debe teclear es MARÍA, con mayúsculas y tilde en la Í. Se introducirá en un portal del que le vamos a abrir algunas ventanas.

Azarosa infancia

Abelardo de Armas Añón nace por obra y gracia del destino (o quizás de la Providencia) en Madrid el 17 de febrero de 1930. Viene al mundo en el corazón de la ciudad, en uno de los barrios más castizos, Cuatro Caminos. Es bautizado el 18 de febrero en la parroquia de Nuestra Señora de los Ángeles con los nombres de Abelardo Avelino Nicolás Fermín José. Por sus venas corre una extraña mezcla de sangre cubana – su padre, Nicolás, era natural de La Habana – y navarra – su madre Eloísa, nacida en Algeciras, era de ascendencia navarrica. Se habían conocido en Madrid, adonde había llegado su padre unos años antes. Trabajaban los dos en Telefónica, donde habían trabado contacto, y en donde cada uno de los dos era jefe de su respectivo departamento. Tras una rápida relación se casaron en la iglesia de San José; ella dejó el trabajo para atender la casa y la nueva familia que iba surgiendo.

Antes habían nacido ya otros dos hijos, María Eugenia (1920) y Carlos (1928). Más tarde completaría el cuadro familiar María Ángeles (1934), que llegará a ser pintora relevante en el panorama pictórico de finales del siglo XX. Su infancia viene marcada por los difíciles años de la II República y de la Guerra Civil. Desde el punto de vista político España vive las secuelas de seis años de Dictadura y se encuentra en un momento de inestabilidad.

Cuando sólo tiene cuatro años, su padre queda momentáneamente en paro, y con el fin de paliar la difícil economía familiar, Abelardo se va a vivir con sus padrinos, unos amigos de la familia que vivían enfrente de sus padres (c/ Santa Engracia 165). Allí comienza a acudir a una escuela que había en el piso de encima, pero un buen día se enfada con la maestra y le tira el borrador a la cara dando en el blanco. No volvió a ir. Con lo poco que había aprendido, y una gran tenacidad, aprende a leer él sólo en casa movido por el deseo de comprender algunos tebeos que tenía.

En el verano de 1936, al estallar la Guerra Civil, se traslada con su madre y sus hermanos a Cullera (Valencia), donde vive el hermano de su madre (Manolo), que es el farero del pueblo. Su padre, a fines del 36, enferma por la impresión recibida estando un día en el comedor de Telefónica. En efecto, entró por la ventana un obús que no llegó a estallar, pero que segó la vida de varios compañeros a los que decapitó. Aquel panorama dantesco, mezcla de sangre y restos humanos diseminados, le supone tal choque emocional que pronto se le complica con una infección intestinal. Recibe la baja, y marcha a Cullera a reunirse con el resto de la familia. Los recuerdos que el propio Abelardo tiene de su padre son muy vagos, pero en alguna ocasión ha contado cómo un día de lluvia torrencial siendo él un niño, lo tomó en brazos y lo cubrió con su propio abrigo para que no se mojara. Su padre llegó a casa completamente empapado y llorando.

- ¿Por qué lloras? – le dijo su esposa.

- Por el chico, por lo que me ha dicho. Le llevaba yo en brazos y ha empezado a llorar. Le he dicho: 'no llores, no tengas miedo, que vas en mis brazos, y yo te protejo'; y me

ha dicho: 'no lloro porque tenga miedo, sino porque con lo malito que tú estás me llevas en brazos, y estás cansándote y mojándote por mí'.

El 28 de agosto de 1937 muere su padre, cuando él tan sólo tenía siete años. Quedó enterrado en el cementerio de Cullera.

Al quedar viuda su madre, es enviado con su hermano Carlos y su hermana María Ángeles, a una residencia para niños huérfanos a Carcagente (Valencia). Como su hermana es muy pequeña, volverá enseguida con su madre, y quedarán solos Carlos y él. Allí continuará hasta la finalización de la guerra, sin asistir a la escuela, pero aprendiendo en la calle a chapurrear valenciano, un vocabulario y unas vivencias que le retornarán en los últimos años de su vida. Terminada la contienda, los llevarán en un camión a ellos y a otros cuantos niños a Madrid, donde se volverá a encontrar con su madre.

Así pues, en 1939 regresa a Madrid, una ciudad adonde llega la paz pero no el bienestar. Aprende a endurecerse en este ambiente de posguerra. Él mismo recordaba años más tarde haber ido con sólo nueve años por las trincheras de la Ciudad Universitaria, donde todavía estaban los cadáveres de milicianos, de regulares y de moros, y donde compañeros suyos más atrevidos se acercaban por allí para quitar las dentaduras y extraer los dientes de oro postizos, o para arrancar incluso un dedo y recoger el anillo.

Sabe lo que es pasar hambre de verdad. Tuvo que ir a Auxilio Social, ni siquiera con cartilla, sino a recoger lo que quedaba de las sobras. Un buen día la Providencia les sale al encuentro. Llama a su casa un señor.

- ¿Por quién pregunta?

- Por Eloísa Añón.

- Yo soy.

- Eloísa, soy Manuel.

Se conocían de jóvenes. Él había estado durante la guerra preso en la cárcel de Alicante con José Antonio Primo de Rivera. Después de saludarse, ella con la dignidad del pobre que intenta ocultar su situación:

- Pues es que en estos momentos me iba a comprar.

- Te acompaño.

Al ir por la calle, ella se echa a llorar.

- Mira, te he mentido, no tengo dinero con qué comprar. La verdad es que iba a Auxilio Social por si me pueden dar algo para comer hoy.

Irá él con ella, se identificará, se cuadrarán ante él, y les ordenará que les hagan cartillas a toda la familia. Y además que les lleven a casa distintos paquetes con ropa y comida. Comenta el propio Abelardo que esa noche al bendecir los alimentos, lo hicieron todos con lágrimas en los ojos.

Sabe lo que es vender la barra de pan de estraperlo para poder comprar unos lapiceros e ir al colegio. Son años que le acrisolan. Era un chaval «que tenía muy mal genio, con la desgracia de que cuando lo exteriorizaba solía ser tirando piedras, y las piedras solían también dar en el blanco» (*Rocas en el oleaje*, p. 5).

Las posibilidades económicas de la familia son escasas y su madre, viuda con cuatro hijos pequeños tiene que hacer maravillas para poder sacar a la familia adelante. En el piso de Santa Engracia 148 tenían alquiladas dos habitaciones, en una vivía un matrimonio, y en otra una señora. Él se vuelve a vivir con sus padrinos para ahorrar una ración en casa. Su madre siempre muy enferma. Él mismo cuenta: «Tendría yo unos diez años cuando, mientras estaba jugando un partido de fútbol en un solar con unos chavales, me vinieron a decir: 'Tu madre está muy enferma. Se ha puesto muy mal en la calle'. Salí corriendo al lugar donde me indicaron y, en medio de un grupo de gente, me la encontré envuelta en un charco de sangre. Se la llevaron inmediatamente a la Casa de Socorro, le pusieron unos coagulantes y la trajeron a casa. Aquella noche mi

hermano y yo nos quedamos a dormir en la cama de mi madre. Parecía que de un momento a otro se le iba a escapar la vida. A medianoche nos llamó apenas sin fuerzas y nos hizo señas de que se moría. Mi hermano salió corriendo para avisar a mi hermana mayor. En aquellos momentos, mi madre con los ojos fijos en el techo, fue perdiendo el color y entró en rigidez cadavérica. Entonces yo, con esa pureza de corazón que tiene un niño a los diez años, no tenía nada más que una preocupación: que mi madre se moría, y me parecía que se moría en pecado. Cogí aquel cuerpo, lo empecé a zarandear gritándole: ¡Mamá, mamá, arrepíentete de tus pecados! ¡Mamá, mamá, que te vas de esta vida en pecado! En medio de aquellos estertores, al sacudirla, unos coágulos de sangre brotaron por su boca, y en mi madre comenzó de nuevo la vida» (*Luces en la noche*, pp. 9-10). A pesar de aquella salud tan endeble, su madre vivió hasta mayo de 1963.

Primeras letras

Y comienza a ir a la escuela. En su propio barrio acude al Colegio Público Nuestra Señora de la Soledad, un colegio gratuito que patrocinaba un grupo de señoras adineradas. Estaba en la c/ Tenerife 11, era exclusivamente masculino y sólo se impartía enseñanza primaria. Había dos clases: pequeños y mayores. En la clase de mayores es donde se encontró con la figura impactante del maestro, don Manuel, uno de aquellos maestros que enseñaba algo más que letras y algo más que ciencias. Le dejó una impronta indeleble. Enseñaba a comportarse, urbanidad, modales, una ética de vida... Los tenía divididos en dos grupos: Nuestra Señora de la Soledad y Corazón de Jesús. Lograba que los dos grupos estuvieran picados por una puntuación interna que les daba, y que ésta fuera a su vez un estímulo para estudiar y, sobre todo, para estar atentos en clase. Fomentaba la imaginación y sabía motivar tratando desigualmente a chavales desiguales. En efecto, Abelardo siempre ha atribuido a su maestro saber recitar, saber cantar, etc. En veladas y fuegos de campamento solía sacar a flote el bagaje de aquellos años. En el colegio le preparan también para recibir la primera comunión, que tiene lugar en mayo de 1941.

Hace falta dinero en casa

Pero la situación económica familiar le obliga a ponerse a trabajar a los trece años. Es el verano de 1943 y aprovecha las vacaciones escolares para comenzar a trabajar limpiando escaparates en un comercio de la calle de la Montera. Entrará enseguida en Ideas Gráficas Rofer como chico de recados, donde permanece tres meses. Iba con una bici por Madrid haciendo repartos. A veces se agarraba al trole de los tranvías en la parte final, y más de una vez estuvo a punto de costarle la vida en calles con mucha pendiente. Ganaba por ello 75 pesetas al mes más las posibles propinas. Todo lo entregaba en casa. Al llegar el comienzo del siguiente curso en octubre, su madre se había acostumbrado a esa pequeña ayuda tan necesaria, y Abelardo ya no volvió a estudiar.

En 1944, con catorce años, logra introducirse en una Compañía de Seguros «Consorcio Español de Seguros de Guerra», primero como botones mientras la sede está en Avenida José Antonio 71 (actual Gran Vía), y después como auxiliar cuando se traslada a la c/ Serrano. La Compañía se liquida dos años más tarde, al término de la Segunda Guerra Mundial. Con tal motivo todos los empleados son absorbidos por las demás Compañías de Seguros que había en España. Él, por no tener aún cumplidos los 18 años, era codiciado por todas las empresas, pues según el convenio laboral cobraba un canon muy inferior a los mayores de 18. Podía elegir cualquiera. Él ha pensado en alguna compañía pequeña y en expansión, juzgando que con los años podrá llegar a

ser alguien dentro de la empresa, pero voces amigas le aconsejan que opte por una compañía fuerte donde pueda compensar con varias pagas extras el sueldo inferior que ahora va a comenzar a percibir, pues en el Consorcio cobraba 560 pesetas al mes, y ahora el sueldo iba a caer a 225. Elige «La Unión y el Fénix Español», donde entra como auxiliar en secretaría de dirección. Con el tiempo ascenderá a administrativo.

En esta época, y al contacto con el ambiente frívolo de sus compañeros de la empresa, comienza a aprender lo que es la vida con no muy buenos ejemplos y abandona la práctica religiosa. «Un buen día me sorprendí llorando en la calle. No sé por qué me acordé de una canción a la Virgen: 'si de tu amor yo me olvidare, Tú no te olvides de mí'. ¡Me sentí tan alejado de la Virgen! ¡Hacia tanto tiempo que no pisaba una iglesia!» (*Rocas*, p. 11).

En el verano de 1988 compuso una canción autobiográfica con la melodía de *María bonita* de Agustín Lara, en que dejaba a flor de piel estos sentimientos:

*Acuérdate, Madre mía, de aquellas noches
cuando de niño yo te rezaba.
Tus manos me bendecían, Virgen María,
y con ternura me acariciaban.
Mis ojos en Ti ponía, y así sentía
que tu mirada me traspasaba;
y que – al calor de tus brazos –
mi corazón se dormía y en tu regazo me abandonaba.*

*Pasaron luego los años, y un mundo extraño
de sentimientos cambió mi vida,
y se apagó en mi mirada
aquella llama de la pureza que en ella ardía.*

*Cuando más triste me hallaba,
en plena calle sentí nostalgia de tu presencia,
y llorando por tu ausencia pedí tu auxilio de Madre,
y en ese instante vi tu clemencia.*

Por estos años ha comenzado ya a jugar al fútbol. Su gran pasión que no le abandonará ya nunca. En meditaciones, pláticas, escritos, es raro que no haya algún ejemplo o anécdota del fútbol para ilustrar una idea.

Juegan con los medios de la época. En un terreno cualquiera, con alpargatas y cualquier objeto más o menos esférico al que osadamente llaman balón. Una anécdota nos describe el ambiente del barrio y el talante de aquellos muchachos de la posguerra. Un día se encuentra él de portero en una de esas porterías improvisadas con cascotes y ladrillos. Llega un delantero contrario y le cuela el balón por debajo de las piernas. Su hermano Carlos, vehemente e impetuoso, agarra un ladrillo de la portería y empieza a perseguirlo increpándole por haberse dejado meter el gol. Abelardo corre, pero sabe de la buena puntería de su hermano. Cansado, se hace un ovillo y... ¡going! el ladrillo da en la cabeza.

Delgado y fibroso, con gran agilidad, buena técnica y visión de conjunto dentro del campo, su puesto era de interior derecho. Jugaba en el Girod, en tercera división, pero su ilusión era ser jugador de primera división. Socio del Real Madrid, su pasión es el fútbol y sueña un día con vestirse de blanco. Su catedral preferida, el Santiago Bernabéu, adonde iba todos los domingos que había partido. Alejado de la práctica religiosa, estuvo –sin embargo– todo un mes de mayo entrando en su parroquia (Nuestra Señora de los Ángeles); se colocaba en el último banco y le pedía a la Virgen: «Madre, hazme jugador de primera división; Madre, hazme jugador de primera división».

La conversión. Una apuesta

En «La Unión y el Fénix Español» existía un importante núcleo de militantes del Hogar del Empleado, movimiento fundado por el P. Tomás Morales S.J. en 1946. Éste iba con cierta frecuencia a visitar al director, y Abelardo, que había oído hablar de las andanzas del jesuita, se escondía. Uno de aquellos militantes, Luis Martínez, un burgalés que vivió primero en una pensión y había cambiado su forma de vivir y de pensar al irse a vivir a la Residencia Covadonga del Hogar del Empleado, lleva bastante tiempo invitando a ejercicios espirituales a este Abelardo, que siempre se muestra contando chistes, metiéndose con las chicas y presumiendo de sus glorias deportivas porque juega al fútbol en tercera división. Una lesión le va a impedir jugar durante un mes, y en la empresa su amigo ha hecho con él una apuesta: «Si no sales de los ejercicios conmovido, te doy mi paga extraordinaria».

Para Abelardo el asunto está muy claro. Ese domingo no puede jugar debido a la lesión. Y piensa: «De acuerdo. Los ejercicios me los paga la empresa, y yo me gano la paga extraordinaria de mi amigo, porque cuando vuelva le diré que aquello ha sido un rollo fenomenal, que no me ha convencido de nada, y que me dé la paga que me ha prometido».

Pero las cosas no iban a ser tan fáciles. En el tren que les lleva a Las Navillas (Segovia), todos los ejercitantes se sientan juntos. El P. Morales va solo. Abelardo se le acerca.

- Parece que va solo.
- Pues no. ¿Tú no sabes que el hombre nunca va solo?
- Déjese de historias, porque usted ahora iba completamente solo, y si no es por mí que me he sentado con usted...
- Y tú, ¿a qué te dedicas?
- Juego al fútbol.

Al P. Morales le cae bien la franqueza y el espíritu abierto de aquel empleado. Años más tarde se confidencia con otro cruzado: «En aquel viaje en tren a Las Navillas, entendí que aquel joven de veinte años era el sustituto de Palero² para poner en marcha una gran obra en la Iglesia». Hay mucho de sobrenatural en ello. Es la misma reacción que tuvo Juan Bosco al ver a Don Rúa, siendo éste aún un crío. Cuando éste le pedía algún consejo, Don Bosco, sin palabras, hacía como que le partía media mano suya. Años más adelante comprendió Don Rúa que se refería a la mitad de la institución y cómo tendrían que batallar juntos.

Los primeros días de ejercicios Abelardo se aburre soberanamente. Pero Dios toca el corazón de las personas cuando y como quiere. Al cuarto día, estando en la habitación, abre una *Vida de Cristo* del P. Vilariño y lee: «Yo soy la Resurrección y la Vida. El que cree en Mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que vive y cree en Mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?». Por primera vez en su vida se encuentra con palabras que le hablan de vida eterna y piensa: «¿será cierto que hay algo que no acaba jamás?».

Eran los primeros días de febrero de 1951. Se convirtió. No cobró la paga de su amigo. Se transformó en un verdadero apóstol dentro de la empresa. Con el tiempo será el verdadero intérprete del P. Morales. Confidente, colaborador, cofundador y primer Director de los Cruzados de Santa María, la vida de Abelardo se entrecruza desde esos momentos con la del P. Morales, de forma que no puede entenderse la del uno sin la del otro en la historia de la institución. El P. Morales será su director espiritual y quien marque rutas de santidad. Abelardo será muchas veces quien matice,

² Jesús Palero, militante que había muerto en septiembre de 1950, y a quien el P. Morales consideraba el precursor del Instituto Secular *Cruzados de Santa María*, aún no fundado.

adapte, amortigüe, pondere, haga ver, vele por, entienda que, exhorte a... No sólo aquél ha de influir sobre éste. El influjo va a ser mutuo.

En ejercicios ha muerto el hombre viejo, pero surgen ahora unos espantosos escrúpulos por la vida pasada. Esta etapa será larga y dramática en su vida. Confesiones diarias, no comulgar pensando que se ha confesado mal... Él mismo dirá años más adelante que «quien no ha estado al borde del suicidio por motivo de escrúpulos, no sabe lo que es ser escrupuloso». Sería el P. Morales quien con una dirección espiritual tajante y eficaz cortarí­a de raíz aquellas terribles tentaciones.

El servicio militar

Un buen día se da cuenta de que no está confirmado, lo que le causa cierta preocupación. Acude a los jesuitas de la calle Zorrilla, y le dicen que eso lo tiene que hacer en su parroquia. Se acerca a Nuestra Señora de los Ángeles, pero le dicen que hasta dentro de cinco años no irá el obispo a confirmar. Llama al obispado y le dicen que vaya a los jerónimos, donde Mons. García Lahiguera irá al cabo de unos días. Así, días antes de partir para el servicio militar, recibe el sacramento de la confirmación en la iglesia de los jerónimos de Madrid, junto a un gran grupo de niños. Es marzo de 1952.

En abril parte para Figueras (Gerona), adonde ha sido destinado. Primero realizará el período de instrucción como recluta hasta la jura de bandera, que tiene lugar el 30 de mayo, en San Clemente de Sasebas (Gerona). Con los fervores de la conversión fulminante, intenta hacer oración y apostolado entre dos mil soldados. Allí, en una tienda de campaña para 21, con las lonas llenas de dibujos eróticos, no lo va a tener fácil. Las conversaciones de los compañeros no eran tampoco demasiado edificantes. El único tiempo que tenía para hacer oración era media hora después de comer. Y allí, en aquella media hora tumbado sobre la colchoneta, tapándose la cabeza con la almohada, intentaba hacer oración y le decía a Jesús: «Señor, en medio de estas dos mil almas yo quiero amarte, quiero hacer aquí actos de amor, actos de reparación. Corazón de Jesús, herido por tantas ofensas... Madre...» Pero todo ello envuelto entre distracciones, los chistes que oía, las canciones. Y a veces pensaba: «Cuando acabe este rato de oración, me levanto y le parto la cara a ese tipo».

Fruto de la oración, el apostolado. «El primer día que asistí a una misa en el Castillo de Figueras sólo me acerqué a comulgar yo entre dos mil soldados. A la semana siguiente salieron unos poquitos sin que yo los hablase. Después fueron saliendo más. Al final llegamos a hacer un grupo de apostolado castrense» (*Rocas*, p. 21).

En el campamento forma parte de la selección militar de fútbol. Un capitán lo ve jugar y lo reclama para su cuartel en Pobla de Segur (Lérida), adonde es destinado al terminar el período de instrucción. Allí jugó sus mejores partidos. Uno inolvidable, aquel en que con motivo de las fiestas del pueblo vio anunciado: «Gran partido: Deportivo de Lérida contra Poble de Segur reforzado». Piensa: «vaya partidito que me voy a ver el próximo domingo». Comienza a leer la alineación y se asusta al ver escrito «*de Armas (Real Madrid)*». Intenta por todos los medios no jugar, pensando que al creer el público que es del Real Madrid, le va a pedir lo que no puede dar. Pero lo convencieron. Jugó, metió dos goles y forzó el penalti que dio el tercero. El Poble de Segur reforzado con la selección militar ganó al Lérida.

Al terminar el verano es reclamado a Madrid. Aquí termina el servicio militar en el Batallón del Ministerio, en cuyo equipo de fútbol va a jugar hasta licenciarse en 1953. Estaba destinado en las oficinas, en la sección de pagos, donde tuvo interesantes anécdotas de carácter apostólico que no es sitio éste para detallar. Al término del

servicio militar dejó a su familia para comenzar a vivir en la Residencia Covadonga que el Hogar del Empleado había abierto en 1950 en c/ Cadarso 16.

Por esta época decide también dejar el fútbol activo para entregarse completamente al Hogar del Empleado y a la formación de los jóvenes. Para asegurarse de que es voluntad de Dios, entra en la iglesia de San José y hace un rato de oración. Cree verlo clarísimo pero, como es muy escrupuloso, prefiere consultarlo con un sacerdote que sea ajeno al Movimiento, pues piensa que el P. Morales es parte interesada y le dirá que lo deje. Espera a que salga un sacerdote que está confesando en la iglesia. Le aborda y le explica su situación:

- Y usted, ¿tendría posibilidades de llegar a jugar en un equipo de primera división?

- Pues, hombre...

- Es que sería estupendo que un deportista de élite tuviera su pensamiento cristiano, podría hacer mucho bien...

Al salir de la iglesia se topa en la puerta con el presidente del club, hecho que considera providencial. Y piensa: «con lo grande que es Madrid, no puede ser mera casualidad que haya coincidido a esta hora con el presidente».

- Hombre, Abelardo, ¿ya has pasado por el club para renovar la ficha?

- Es que este año no pensaba fichar.

- ¿Cómoooooo?

- Es que como no voy a poder jugar todos los partidos, porque a veces los domingos tenemos retiros, o bien otras actividades apostólicas...

- Tú renuevas, y juegas cuando puedas.

- No, no, en ese caso, juego pero sin cobrar.

- Pero ¿qué dices? Tú renuevas y cobras como todo el mundo, y juegas cuando puedas.

Y, para aclararle la situación y su interés, le dirá algo definitivo:

- Y no creas que te digo esto porque seas un figura. Quiero que sigas en el club porque desde que tú has cambiado, está cambiando todo el equipo. Hay ahora mucho mejor ambiente y todos están mejor.

Los primeros votos

Con los primeros militantes de la Orden de Santa María – como se llamaba al grupo de perseverancia del Hogar del Empleado – que manifiestan al P. Morales el deseo de consagrarse a Dios en el mundo, al terminar un retiro en Las Navillas (Segovia) el 25 de enero de 1953, festividad de la conversión de san Pablo, tiene lugar un emotivo acto que sería la primera piedra del futuro Instituto Secular. A puerta cerrada, y tomando al P. Morales como consiliario que recibe sus votos en nombre de la Iglesia, emiten siete jóvenes empleados de Madrid sus votos de pobreza y castidad. Son votos privados, sin carácter jurídico, pues no existe aún una institución aprobada por la Iglesia donde emitirlos, pero que suponen una mayor exigencia interna de la vida de fe.

Un año más tarde, el 2 de febrero de 1954, festividad de la Presentación del Señor y Purificación de Nuestra Señora, volverán a renovar esos votos temporales, aunque siga sin existir una institución *de iure*. Aquellos deseos de los jóvenes empleados empiezan a materializarse. El P. Morales ha estado trabajando en la redacción de unos estatutos provisionales, y el obispo auxiliar, D. José María García Lahiguera, los ha aprobado como Pía Unión. En mayo de 1955 el Hogar del Empleado acude a Fátima. Allí, ante la *capelinha*, el P. Morales convoca a todos los que desean consagrarse a Dios sin dejar sus propias empresas y les dice que han sido aprobados verbalmente por el obispo de Madrid. El 8 de diciembre de 1955 son erigidos como Pía Unión en la diócesis de Madrid por el Patriarca-Arzobispo, D. Leopoldo Eijo y Garay.

Los botones. Las clases de sociología

Desde el año 1953 comienza su actividad con los botones de las empresas. Eran jóvenes de 16 a 21 años. Muchos de ellos acababan de llegar a la capital procedentes de pequeñas ciudades o núcleos rurales. Venían de una vida sana y corrían el peligro de que el ambiente de Madrid se los comiera. Quiso hacer con ellos lo que nadie había hecho con él cuando entró en su empresa. Pocos meses después abandona la práctica del fútbol profesional, ahora que se le prometía un porvenir brillante, cuando se había interesado por él el Plus Ultra (Real Madrid B de entonces), y comienza a entrenar a botones y a organizar campeonatos de fútbol entre las empresas. También les daba clases de sociología e incluso de geografía, clases que mantendrá en algunas empresas hasta la desaparición de las academias de capacitación de los bancos a comienzos de los ochenta.

Para prepararse leía incansablemente obras de Tihamer Toht, de donde extraía gran número de anécdotas y ejemplos. El resto, mucho corazón y mucha vida personal. Desde su conversión hay dos actividades del Hogar que le han captado: el Servicio de Enfermos y las *trincas*. Con el Servicio de Enfermos iba al menos una vez al mes a algunos de los hospitales que les tenían asignados (Hospital del Rey, San Carlos, San Rafael) y algunos sanatorios de antituberculosos (Iturralde en Carabanchel, Valdelatas, SEAR). Siempre a los mismos para ir conociendo a los enfermos y hacer una labor de continuidad apostólica con ellos, cuando el enfermo pueda salir del hospital. Pasaban la mañana con ellos, les repartían medicinas, alimentos e incluso – aunque nos parezca extraño hoy – tabaco. Al final del día, o a veces de la mañana, les hacían un festival en que Abelardo solía ser siempre protagonista indiscutible.

Las *trincas* eran una actividad misionera por pueblos. Acudían en un camión 50 ó 60 militantes del Hogar y pretendían evangelizar por el ejemplo, sin decir que pertenecían al Hogar del Empleado. Se presentaban como miembros de un gimnasio. Por la mañana realizaban ejercicios gimnásticos en la plaza. Después intentaban arrastrar a misa a todos los hombres, que siempre se han escaqueado más del tema religioso. El momento más duro era después de la misa, donde tenían que intentar lograr una invitación a comer en una casa. Ellos llevaban su comida, pero la idea era compartirla y hacer surgir conversaciones durante la comida que fueran focos de luz para sus vidas. Por la tarde tenía lugar el festival, donde Abelardo solía poner la voz y los puntos de humor. Finalmente, antes de despedirse, el Rosario en la parroquia. Se llamaban *trincas* porque iban por las casas de tres en tres. «A uno de estos pueblos – recuerda Abelardo – vino Pedro Osinaga. Acababa de llegar a Madrid, estaba en el Hogar y era muy tímido. Vino conmigo en la misma trinca. Cantó y actuó conmigo, salió contentísimo y con ganas de volver».

En otoño de 1955 pide la excedencia en «La Unión y el Fénix» para dedicarse por completo al servicio del Hogar del Empleado. Su trabajo estará dentro de la Constructora de Viviendas Nuestra Señora de Guadalupe. Su misión es supervisar y sacar adelante la obras que el Hogar está realizando en las distintas colonias. Utilizaba para manejarse por Madrid un cochecito, algo a lo que renunciará desde 1960.

Cursillo de Comillas

El P. Morales ha comprobado que estos primeros cruzados tienen grandes deseos, pero poca formación y una idea bastante vaga de lo que es una consagración a Dios. Son más bien activistas con cierta vida interior. Decide, por ello, organizar un cursillo de siete meses, que será un auténtico noviciado intensivo para laicos. Tiene lugar en Rovacías, una finca que los jesuitas poseían a las afueras de Comillas

(Cantabria). Comienza con el mes de ejercicios. Treinta y cinco días distribuidos en cuatro semanas con un día de descanso entre semana y semana.

Uno de los momentos fuertes de aquel cursillo era la marcha evangélica. El P. Morales le había pedido a Abelardo que hiciera unos cuantos itinerarios para poder cubrir por una persona andando, de pueblo en pueblo. Abelardo los hizo sin saber cuál era la finalidad. Un buen día en los puntos de la noche, el P. Morales comenzó leyendo el evangelio que dice: «El Señor designó a otros setenta y dos, y los envió de dos en dos» (Lc 10,1). Al terminar la lectura del pasaje evangélico, comenzó a leer: «así mañana fulano y mengano irán a tal pueblo de Asturias; tal y cual a tal pueblo de Santander; mengano y zutano al norte de Burgos...» Hasta que nombró a todos. En el auditorio se hace un silencio sepulcral, y a aquellos cruzados se les va poniendo un nudo en la garganta a medida que van oyendo sus nombres. «¿Ha dicho mañana?» piensa alguno. Salieron al día siguiente, con lo puesto. Cada día debían ir a un pueblo distinto, sin dinero, debían dormir en pajares o lugares semejantes, para lo que había que pedir permiso, pero nunca en casas. Para comer debían pedir limosna de casa en casa, por separado, y lo sobrante darlo a los pobres, para pedir de nuevo por la tarde algo con que cenar. Tenían que sentir el gozo de ser pobres y ¡vaya si lo sintieron! Hubo algún día en que se fueron a dormir con un huevo cocido para los dos. Marcharon temblando, pero confiados en Dios. Regresaron encantados hablando de las maravillas que Dios había hecho con ellos.

El cursillo fue fundamental en su vida. Allí se dilataron sus horizontes de Iglesia y comprendió que su entrega no era al Hogar sino a Jesucristo. Al terminar aquel cursillo, el P. Morales pide a todos los asistentes que piensen en un responsable a quien obedecer. Cada uno debe escribir en un papel dos nombres y dárselos a él. Terminado el escrutinio, el P. Morales les comunicará que ha sido elegido como primer Director de la Cruzada Abelardo de Armas.

Al término del segundo cursillo de Comillas (octubre de 1957) acude Abelardo con algunos otros cruzados a Rovacías. Allí se vuelven a hacer elecciones de director entre los cruzados. Sale elegido E. Saborit, por lo que Abelardo deja el cargo que ha ocupado durante un año.

Sanatorio antituberculoso

Al finalizar el verano de 1958 el P. Morales se entrevista con Abelardo y le manifiesta que debe abandonar Madrid para ir a trabajar al sanatorio antituberculoso que el Hogar del Empleado tiene en la sierra de Guadarrama. Allí vivirá un año completo, en una especie de destierro (o al menos así lo sentirá él). Y es que cada vez que el P. Morales acude al sanatorio para tener alguna reunión y Abelardo quiere hablar con él, encontrará a un padre esquivo y cortante. Tendrá conciencia de auténtica prueba de fidelidad. Algunas voces en el propio Hogar del Empleado le habían hecho ver al P. Morales en Abelardo a una especie de niño bonito y mimado. El padre quería comprobar (y desmentir) aquellos rumores. Allí, aislado, rodeado de enfermos tuberculosos, sentirá el atractivo de aquellas jóvenes enfermeras, y sufrirá luchando por la fidelidad a la vocación. No obstante, tendrá el apoyo constante de las Hermanas de la Caridad de Santa Ana, con las que tantas conversaciones mantuvo.

Aquel año de prueba, sin trincas, sin botones, sin fútbol, sin grandes alicientes humanos, pero con un contacto directo con el sufrimiento y la enfermedad, servirá para consolidar su vocación y será fundamental para los acontecimientos que se desarrollarán en la naciente institución en junio de 1960.

Residencia Guadalupe

En octubre de 1959 el P. Morales regresa del cuarto cursillo de Comillas y se da cuenta de que existe una fuerte tensión en la dirección del Hogar del Empleado por parte de aquellos que consideran el Hogar como una institución benéfica. Comprende que toda la obra que él ha estado intentando hacer en Comillas puede venirse abajo. Por ello, toma la decisión de sacar a todos los cruzados de los lugares donde viven y concentrarlos en la residencia Guadalupe de la c/ Huesca. Allí viven como auténticos monjes. No realizan ninguna actividad apostólica, aunque este programa es provisional, no la forma de vida habitual del Instituto Secular, y esto lo sabe bien el P. Morales. Los fines de semana los dedican a la oración y el estudio. Casualmente, el único que constituye una excepción es Abelardo, quizás porque el propio P. Morales comprendió que el año transcurrido en el sanatorio había sido ya suficiente prueba, y la había superado con creces.

Salvar una vocación

Pero a medida que avanza el año la situación se ha hecho insostenible en el Hogar del Empleado, y la chispa está a punto de saltar. En unas Jornadas celebradas en Chamartín los días 12 y 13 de marzo de 1960, alguien se levanta para decir que «el Hogar del Empleado es lo que es no gracias al P. Morales sino a pesar de él». El clima se hace bastante tenso. Abelardo y dos más acompañan al padre a su residencia en la c/ Almagro y le aconsejan convocar urgentemente una convivencia entre todos los cruzados, dejar las cosas muy claras y que se marche quien quiera. Acuerdan que se celebre en el sanatorio el 19 de marzo, pero el día 15 el P. Morales recibe una noticia del Provincial que le pide que abandone el Hogar. Con la situación reinante y sin el fundador, la naciente institución peligraba. Por eso empieza a establecer contactos con otros jesuitas que recomiendan – para salvar la propia vocación – la separación de los Cruzados de Santa María del Hogar del Empleado.

A partir de junio Abelardo será el abanderado de los cruzados que desean clarificar posturas. Tendrá contactos con el P. Morales para ver quiénes podrían formar el grupo de los que se separasen del Hogar para volver a relanzar la institución. Acuerdan que sean cruzados que no trabajen en el Hogar sino en las empresas, para no hacer daño al propio Hogar, y a la vez personas de tal solvencia personal que garanticen una perseverancia en medio de las dificultades. La lista inicial es de doce, de los que tan sólo Abelardo trabajaba para el Hogar. La salida tiene lugar el 21 de junio. Por la tarde acuden al piso que habían dejado libre los padres de un cruzado.

Al día siguiente, cuando Abelardo acude al Hogar para su trabajo, se encuentra la triste realidad de que lo acaban de echar. Acude por última vez a la capilla para despedirse de aquella Virgen que tantas oraciones ha visto salir de sus labios. Llora. Comienza entonces una vida distinta. Sin trabajo, vivirá del sueldo de los demás cruzados y se dedicará a velar por la institución. Debe buscar un lugar donde vivir, y una forma de vida que garantice a sus compañeros de aventura (que no otra cosa fue aquella salida) una perseverancia que no se presentaba fácil. Las peripecias de aquel primer año excederían con mucho esta semblanza y han de quedar para una biografía más extensa. Los momentos más difíciles vendrán al año siguiente, cuando en octubre de 1961 el Provincial envía al P. Morales a Badajoz. Comenzarán entonces los encuentros clandestinos y las cartas frecuentísimas. El P. Morales, que aún no había escrito prácticamente nada, ahora desde la lejanía intentará sistematizar en distintos escritos toda su pedagogía y vivencias.

Los estudios

En 1960 alguien le insinúa al P. Morales la posibilidad de que Abelardo sea sacerdote y él, que ni sentía la vocación ni atractivo humano alguno por ella, comienza ese mismo año por obediencia estudios de bachiller elemental, ya que se había detenido en la escuela primaria a los trece años. Se matricula como alumno libre en el instituto Ramiro de Maeztu. Durante el curso hace lo que puede y, como él mismo contará en varias ocasiones, lograr aprobar todo fue efecto de una serie de carambolas más que de sus propios conocimientos. Obtuvo el bachiller elemental y afortunadamente el P. Morales desistió de su decisión viendo que Dios le reservaba para otra misión en la Iglesia, como era la de dirigir el Instituto Secular naciente desde la laicalidad.

En esta época aún muy clericalizada, una vida cristiana comprometida equivalía a vocación religiosa o sacerdotal, pero los Institutos Seculares venían precisamente a cubrir este hueco en la Iglesia con personas totalmente consagradas a Dios y totalmente laicales, inmersas en el corazón del mundo para evangelizarlo desde dentro. Años más adelante el obispo de Cáceres, al final de una larga conversación con él, le dijo: «Abelardo, ¿no has pensado nunca en hacerte sacerdote? ¡Realmente, qué bien harías siendo sacerdote! Si quisieras serlo, te haría diácono ahora mismo».

Director de los Cruzados de Santa María

El 29 de junio de 1960 peregrinan los cruzados desgajados del Hogar del Empleado al Cerro de los Ángeles como habían hecho tantas veces con el Hogar. Ese mismo día por la tarde, reunidos en el Parque del Retiro, deciden elegir a un director general. Dan unas papeletas a Abelardo con un nombre para que se las lleve al P. Morales. Abelardo es designado director de esta nueva Cruzada naciente.

Esta década de los sesenta será de gran sufrimiento también para nuestro protagonista. Los tres primeros años (1960-63) gobierna sin la presencia del fundador, a quien la Compañía de Jesús ha separado de la dirección del Instituto, pero no ha prohibido hablar con cada miembro. Trasladado primero a ICADE y más tarde a Badajoz, Abelardo mantendrá una intensísima correspondencia con él, y tendrá algunos encuentros en Extremadura. Vivirá además en directo toda la tensión con el Hogar del Empleado, los intentos de fusión Cruzada-Hogar, las gestiones para el retorno del fundador, la búsqueda de sucesivos lugares de residencia donde establecer la nueva vida, la organización y sistematización de un estilo que era nuevo en la Iglesia y del que no había referentes claros.

Abelardo no era ni el mayor en edad ni en estudios. Su autoridad moral, refrendada por el fundador, será puesta en entredicho por algunos miembros a lo largo de la década, y verá cómo unos se van y a otros tiene que indicarles que se vayan. Desaveniencias ideológicas, diferencias con su modo de gobernar, problemas afectivos, desequilibrios psíquicos, dificultad de armonizar la profesión con la vocación, escrúpulos... Hubo muy diversas causas. Abelardo escribió en 1973 un documento titulado «¿También vosotros me dejaréis solo?», de gran interés por sus finas observaciones. Y es que esta vida de consagración en el mundo es una filigrana que exige no sólo la gracia de Dios, sino un sólido soporte humano que la sustente.

La Milicia de Santa María

El 11 de febrero de 1961 tiene lugar el primer círculo de estudios con jóvenes que comienzan a acercarse a las residencias de los Cruzados. Desde entonces, y gracias al alma a alma de casi todos los cruzados que forman la nueva institución, se comenzará un movimiento de jóvenes. A finales de la década (1970) organizará en

verano una peregrinación a Lourdes con cruzados y militantes, donde padeció horriblemente por problemas afectivos.

En la Navidad de 1970, estando cruzados y militantes reunidos en Los Negrals, el arzobispo de Madrid, Mons. Casimiro Morcillo, encomienda a Abelardo la llamada «Operación Institutos», consistente en la evangelización de los alumnos de bachillerato. Este plan va a dar un impulso decisivo a la institución. Para él personalmente supondrá también un crecimiento notable. A sus cuarenta años se encuentra en una fase de plena madurez. Las mañanas las pasa dando charlas en distintos institutos de Enseñanza Media. De allí saldrán jóvenes para hacer ejercicios. Con ellos organizará un plan de perseverancia. Las tardes las emplea en tener reuniones por centros de estudio, y sobre todo en hablar con ellos, uno a uno. Comienza así una auténtica dirección espiritual con cientos de jóvenes... Empastaba perfectamente con ellos.

Los fines de semana los emplea en actividades apostólicas. Un fin de semana al mes retiro espiritual. Todos los sábados a las 7 de la mañana misa de la Virgen en la iglesia de San José, reuniones y charlas a lo largo de la mañana; por la tarde reuniones con cruzados y círculo de estudios con los militantes que van surgiendo. La rueda gira deprisa y unas actividades se suceden a otras, de forma que van brotando las vocaciones a la vida consagrada, sacerdotal y vida matrimonial comprometida. En tiempos fuertes como Navidad y Semana Santa actividades propias para los jóvenes, siempre caracterizadas por un fuerte espíritu de exigencia, un gran amor a la Virgen, y una llamada a la acción apostólica constante. En Cuaresma acostumbra a dar todos los años varias conferencias sobre la Sábana Santa, tema que tiene muy preparado... Regularmente visita las distintas provincias donde se encuentran cruzados y militantes, y diversos Carmelos en rutas ya preparadas, con los que desde 1960 mantiene una relación muy estrecha.

Ejercicios espirituales de San Ignacio

En 1967 El P. Morales le llama a Abelardo a Santurde de la Rioja para comentarle algunos temas que se trae entre manos y de paso invitarle a dar alguna meditación en la tanda de ejercicios que estaba dando. Lo que Abelardo no sabía era que al segundo día el P. Morales se iría de Santurde y le dejaría con toda la responsabilidad de la tanda. Era la primera vez que se introducía en el misterio de los ejercicios espirituales como director, actividad que llegó a ser fundamental en su vida. Desde entonces, y especialmente a partir de 1971, año en que comenzó la «Operación Institutos», todos los meses de octubre a mayo daba una tanda de cuatro días a jóvenes, y en septiembre de ocho días a hombres que habían hecho ya más tandas. De 1986 a 1992 a los Cruzados, combinando la conexión con Dios con moldear la institución. En total, casi doscientas. Se hizo un auténtico especialista en la materia.

En 1975 dio una tanda a los seminaristas de Badajoz a petición de su obispo. Quedó éste tan contento con ella que le pidió que los tres años siguientes la volviera a dar él. También el obispo de Zamora, D. Ramón Buxarrais, le encomendó a todos los sacerdotes de la diócesis para que en varias tandas consecutivas diera ejercicios a todos. Cuando se enteró, fue al P. Morales a decirle: «Padre, yo no puedo dar ejercicios a sacerdotes. No tengo formación teológica, soy un pobre laico...» A lo que el P. Morales le contestó: «¡Ah!, pero ¿crees que eres tú quien va a hablar? Eso es falta de fe y mucho de soberbia. Quien habla es el Espíritu Santo por ti». Estas tandas no llegó a darlas, una vez aceptadas, porque en fechas próximas a la tanda el obispo fue trasladado a la diócesis de Málaga.

Puede decirse que fue una auténtica innovación en la Iglesia la que el P. Morales inauguró con Abelardo, y luego con muchos más cruzados y cruzadas, al

lanzarlos a que fueran ellos mismos directores de ejercicios, apoyándose en el sacerdote tan sólo para la administración de los sacramentos y la apertura de la conciencia en una dirección espiritual.

Abelardo consiguió crear un estilo personalísimo en las tandas de ejercicios, a los que aportó la mística de exigencia y el espíritu combativo que se ensayaban en las actividades de verano, lo que llamó «mística campamental o estilo de vida». Sus meditaciones, llenas de anécdotas y de vida, iban dirigidas al corazón de cada joven. En estos días fomentaba también la charla con cada uno para personalizar la tanda, tal y como quiere san Ignacio.

Los campamentos

Quizás la actividad en la que plasmó de forma más certera su propio carácter fueron las acampadas y campamentos. Tenía un don especial para el mando, para saber exigir y tensar las cuerdas... o para amainar una exigencia desequilibrada. En este sentido tenía buen olfato para distinguir el auténtico heroísmo de la machotada.

Había acudido desde 1951 con el Hogar del Empleado a diversos turnos. En su primer campamento fue ya de jefe de escuadra (grupo de seis), pero el último día se puso enfermo el jefe de campamento y lo eligieron a él para ocupar su puesto. Al día siguiente comenzaba otro turno y desempeñó él ya la dirección del mismo.

A partir de 1961 en la sierra de Gredos con la recién creada Milicia de Santa María. Pero también al servicio de otras instituciones. En 1966 acudió a Vinuesa (Soria) llamado por el rector del colegio de los PP. Jesuitas de Chamartín. Y de 1967 a 1969 por tres años consecutivos estuvo en Canal Roya, junto a Canfranc (Huesca), con los Montañeros de Santa María que dirigía el P. Gracia S.J. Abelardo era el jefe de campamento y tenía plena libertad en la labor educativa, dejando la parte espiritual a los padres jesuitas. Allí tuvo que doblegar en períodos de sólo quince días las voluntades de jóvenes mimados, escandalosamente pijos, pertenecientes a familias cristianas, con fe pero sin voluntad, con dinero y acostumbrados a hacer en todo momento lo que les daba la gana. Al final de uno de aquellos campamentos le vino un joven a decir: «Usted ha sido la única persona que me ha reducido en mi vida y le guardaré una gratitud inmensa». Cuando los padres el último día fueron a recoger a los hijos y vieron el orden y la disciplina que reinaba todo, exclamaron: «¡Ah!, ya sabemos lo que tenemos que hacer nosotros, lo mismo que hace el jefe de campamento». Pero los hijos les contestaron, conociendo la realidad: «No, papás, ¡no sois capaces de hacerlo!».

A partir de 1970 y viendo las posibles desviaciones que podían darse en los campamentos de la propia institución, volvió otra vez a la sierra de Gredos. Sus intervenciones en campamentos, especialmente en toda la década de los ochenta, constituirán un magisterio pedagógico de vital importancia para la institución. Sus impresiones de cada acampada de fin de semana, comentadas en la primera asamblea de la acampada siguiente, fueron recopiladas en 1990 como *Notas de verano*, escrito inédito de difusión interna de gran riqueza conceptual.

Su amor a la montaña, inspirador de tantas canciones, especialmente desde 1980, le hacía extasiarse en la Laguna grande de Gredos ante cualquier pajarillo, una trucha que salta y se hunde en el agua, etc., pero también dolerse de la falta de entrega de los jóvenes, a los que zarandeaba cada noche en la tertulia nocturna. A partir de 1981 no pudo ya ascender a las cumbres, pero siguió subiendo muy despacito y con ayuda de una muleta hasta la Laguna. Ello hizo desarrollar el *subir bajando*.

Villagarcía de Campos

En julio de 1971 después del campamento de Gredos se retira unos días a Desder (Orense) a casa de los padres de un cruzado. Allí sufre un cólico nefrítico y se le aconseja pasar unos días de reposo en la casa de ejercicios de Villagarcía de Campos (Valladolid), donde podrá descansar. Para no estar sólo se acercan desde Madrid unos cuantos militantes que han aparecido ese año en la «Operación Institutos», con quienes tiene todas las tardes una improvisada reunión sobre el nacimiento de la institución, y la vida consagrada en general y laical en particular. De esta forma tan sencilla nace una actividad que será clave en su vida y en la de la institución. Hasta 1992 acudirá allí la primera quincena de agosto con un centenar de militantes. Allí aprovechará para escribir, por obediencia y muy a pesar suyo, la historia del nacimiento de la institución, y otros relatos como las principales defecciones de cruzados y sus causas... Esta actividad será un importante semillero vocacional.

Las Vigilias de la Inmaculada

A partir de 1969 el esquema de las Vigilias de la Inmaculada que iniciara el P. Morales en Madrid en 1947, y continuado todos los años el 7 de diciembre, intentará potenciar la función del laico en la Iglesia. Por eso desde ese año se incluirá en la segunda parte de las mismas la intervención de un laico, que en Madrid siempre será hasta 1997 Abelardo. Son intervenciones que emanan directamente de un corazón que siente el latir de una Iglesia peregrina que se desangra cada vez más, y en las que hace un llamamiento a la responsabilidad del laico en la vida pública. Van directas al corazón. La oratoria de Abelardo no es artificial. Si gusta es porque surge de una vida entregada y es coherente con lo que vive. Duran unos 45 minutos, están llenas de anécdotas y van exponiendo la realidad del mundo que le rodea. Nunca son pesimistas sino esperanzadas. El auditorio suele salir de las Vigilias esponjado. En 1982 se recogieron sus intervenciones de la década de los setenta en un libro titulado *Luces en la noche*.

Su oratoria, vibrante y atractiva, que fácilmente enganchaba con el auditorio, había sido puesta ya de manifiesto en 1969 con su grabación *Un seglar descubre la oración*, testimonio personal de vida que tuvo gran difusión durante años. Su voz sirvió también, en los últimos años de los setenta, para pronunciar algunos discursos en favor de la familia (mayo 1978), o la conferencia de clausura de varios congresos de *La ciudad católica* que organizaba D. Juan Vallet de Goytisolo. Como el propio Abelardo comentaba, «entre todos estos intelectuales me siento un pigmeo, y no sé ni qué decir», pero eran siempre el mejor broche del Congreso. Algunas de ellas se recopilaron en un libro titulado *Rocas en el oleaje*.

Subir bajando

El 17 de febrero de 1980 cumple 50 años. Ha elegido como lugar para vivir un día tan señalado el Carmelo de Duruelo (Ávila), donde se encuentra como priora Madre Carmen, con quien tendrá gran confianza hasta la muerte de ella en marzo de 1983. Mientras va de camino desde Salamanca, ignora la gracia que el Señor le reserva: En la acción de gracias de la Misa y en medio de un frío impresionante, tendrá una luz que iluminará el resto de su vida. La ha narrado él después muchas veces: «Me quedé meditando: hace cincuenta años nací. ¿Por qué? ¿Por algún mérito mío? No, mi creación yo no la he merecido. Me creó gratuitamente, me amó antes de que yo existiera. Señor, yo vine al mundo con las manos vacías, por gratuidad, sólo por tu amor. Quiero en mi verdadero nacimiento a la vida, en mi muerte, entrar en el cielo

como entré en la tierra, ser solamente un producto de tu amor gratuito. Quiero estar en el cielo en el último rincón. Ver el gozo de todas las almas, pero estar allí sólo por tu gloria, por tu amor, por Ti. Que no haya nada, nada, nada en mis manos».

Nueve años después comentaba: «No me daba cuenta de lo que pedía. Después se me fueron despojando cosas. Desde entonces la gracia que yo he recibido es que veo mis manos totalmente vacías. No tengo ningún acto de virtud. Nunca, aunque lo pudieran ver personas de alrededor. Sé que nada de lo bueno que hago es mío. Y no sólo no tengo actos de virtud, es que no los quiero. No quiero tener virtudes. Quiero que mi única virtud sea la confianza que nace de la virtud de Él. A partir de ese momento la gracia mayor para mí ha sido quedar inasequible al desaliento. Por mucha miseria que contemple en mí, ésa sí que es mía. Cuando llegó el día de aquella Extrema Unción [...], y yo pensaba que en la operación iba a enfrentarme realmente con Dios, que podía acabar mi vida, sentí un gozo grande al pensar que se cumplía lo de mis manos vacías, que entraba en el cielo por pura misericordia, para estar en el último rincón» (18-VIII-89).

Sale de la iglesia transformado y, a partir de entonces, va a dedicar ya toda su vida a propagar esta idea: las manos vacías, *subir bajando*, pequeñez y grandeza, el ascensor divino... Se trata de la gracia central de su vida. Puede decirse que está ante el tercer momento de su conversión, un proceso que dura toda la vida en cada hombre y que para él se inició aquel 5 de febrero de 1951. Si los ejercicios de 1951 supusieron el paso del pecado a la gracia; el cursillo de Comillas de 1956 fue un ahondar en la entrega a Dios; y la gracia del 17 de febrero de 1980, una espiritualidad concreta para él y para toda el movimiento. «Y aquello era tan grande para mí, una gracia tan inmensa, que la pedí para toda la institución, y tengo la confianza de que se me concedió» (18-VIII-1989).

Este itinerario espiritual recién iniciado será completado con la lectura de las obras de san Juan de Ávila, verdadero maestro de espiritualidad que influirá decisivamente en su confianza en Dios. El *Tratado del Amor de Dios* lo predicará con ocasión y sin ella. Y lo mismo santa Teresa del Niño Jesús y su ofrenda al amor misericordioso. En su relación con los demás ampliará la frase de Teresa: «que las criaturas sean nada para Mí», y propone: «que las criaturas sean Tú para mí, y yo Tú para las criaturas. Así Tú lo serás todo en todos» (VIII-1986). Este camino será comentado de forma sistemática los domingos por la tarde en unas magníficas reuniones con cruzados y militantes, que crearon un auténtico tejido espiritual que ha podido salvar muchas vocaciones.

La operación de cadera

A comienzos de 1984 ha empeorado tanto que comienza a ver la posibilidad de operarse de cadera. Le aconsejan un buen cirujano, pero el doctor Palacios Carvajal y la clínica de La Luz donde él opera no están a su alcance. Irá a ver a un amigo que le dirá: «Usted vaya al mejor médico. Yo se lo pago». En las convivencias de Pascua que tienen los Cruzados en Villagarcía de Campos recibe la Unción de los Enfermos de manos del recién ordenado P. Eduardo Laforet. Momento emotivo el que viven los dos. Eduardo con una leucemia que avanza imparable, Abelardo con una enfermedad que desde hace cuatro años le obliga a renunciar a cosas muy queridas humanamente: el fútbol, las cumbres de montaña, etc. El 27 de abril es operado. Le colocan una prótesis de cerámica y una pieza hecha con una aleación de vanadio y titanio... A partir de ahora deberá andar con la ayuda de un bastón.

Ese sufrimiento físico va a moldear su espiritualidad. Sentirá que esos dolores que él vive en realidad los padece Jesús, puesto que en la Cruz Él vivió todos los dolores y sufrimientos de los hombres. Ello le da gran paz y le ayuda a seguir caminando. En 1986 escribe: «Después de treinta y cinco años de marchas y campamentos, es ahora, al desmoronarse la tienda de mi cuerpo, cuando voy experimentando que cada uno de estos años de aparentes esfuerzos inútiles, de trabajos por mi propia perfección y el bien de cuantos me han rodeado, han sido años de vida gastada y perdida por Jesús. Y en consecuencia, Él me hace sentir el gozo anticipado de un final que se acerca y en el que por la paciencia mi alma goza ya la esperanza de salvación. Yo vengo ahora a las marchas y campamentos en una situación privilegiada. Disfruto en unas y otros como no pude hacerlo en aquellos años en que llevaba directamente la responsabilidad de la actividad. Contemplo todo con una santa indiferencia. Ya he aprendido a abandonarme en Dios y aceptar. Yo tengo la certeza de que [...] por la huella trazada con nuestra penosa marcha seguirán otros» (*Notas de verano*).

Esta década de los ochenta será para Abelardo de una gran fecundidad. En el verano de 1980, celebrando los XXV años de la aprobación de los Cruzados de Santa María como Pía Unión y los XX de su verdadero nacimiento, había dicho que los ochenta serían para la institución años de consolidación y los noventa la década de la expansión, pero él mismo se da cuenta de que la consolidación había de venir por la expansión. En estos años verá la ordenación del segundo grupo de sacerdotes cruzados (a partir de 1984), la redacción de las *Constituciones* de los Cruzados y la presentación de las mismas en Roma (1985), la aprobación de la institución como Instituto Secular de derecho diocesano (11-II-1988), el reenvío a América de cruzados misioneros (1986 y 1989), la expansión por España, la mayoría de edad de la institución con la incorporación a la vida laboral de tantos estudiantes... Estrecha lazos con la jerarquía...

Contempla la muerte de su hermano el día de su cumpleaños (1985). Abelardo siempre ha sido muy providencialista para fechas y lugares. Su hermano Carlos, alcohólico, que había pasado años en las cárceles españolas por estafas, un 17 de febrero de 1975 —y después de varios años sin saber nada de él— le llamó para felicitarle y ofrecerle como regalo de cumpleaños su propia curación: «Abe, he dejado de beber». Justo diez años después (17-II-1985) moría en medio de grandes dolores, víctima de una cirrosis hepática, con el hígado completamente destrozado. El regalo de cumpleaños en esta ocasión era ver a su hermano muriendo en paz con Dios diciéndole: «Abelardo, me voy al cielo a jugar al fútbol». Unos días antes le había preguntado: «Abe, ¿tú crees que en el cielo habrá campos de fútbol?». El último día contempla cómo el médico que le atiende, casualmente cruzado, en medio de una crisis en que Carlos se debate entre la vida y la muerte, viendo a tenor de las constantes que existen posibilidades de salvarlo de la crisis, comenta: «mientras haya una posibilidad, hay que hacer todo lo posible por salvarlo». Abelardo sacará lecciones de esta actuación y las aplicará al plano espiritual; comentará en más de una ocasión: «mientras haya una posibilidad de salvar una vocación, un alma que quiere dejar el Evangelio y la Iglesia, hay que hacer todo lo posible por salvarla».

La institución, sin embargo, ha crecido en estos años más en edad que en madurez. Existe un desequilibrio entre las posibilidades de cada cruzado y sus realizaciones concretas; entre las potencialidades y los actos; entre la formación recibida para actuar y la libertad para poner esa formación en marcha. Como él mismo dijo alguna vez, «los robles no pueden crecer en pequeños tuestos». Es precisa una expansión real, «porque cuando en una pecera hay demasiados peces, se corre el riesgo de que unos se coman a otros». Se abren fisuras, no tanto ideológicas como de identidad, y ello en parte va a provocar la crisis de los noventa.

Una salida inesperada

La defección de un cruzado muy querido para él el 17 de noviembre de 1990, en circunstancias excepcionales, le confunde y le hace replantearse muchas cuestiones en la institución. No era el primer abandono ni sería el último, pero los detalles en que se vio envuelta y el propio afecto hacia él, le hicieron reflexionar. Tomará la decisión de dejar paso en el gobierno a nuevas generaciones, y al año siguiente acudirá Bienvenido Gazapo de director local y regional a Madrid, cesando él en estos dos cargos. Desde el momento en que tiene lugar este paso del testigo (1-X-91), comienza un progresivo desprendimiento de responsabilidades y toma de decisiones, de forma que también su tenor de vida y su psicología cambian completamente. No se siente necesario, delega, no se entromete, respeta decisiones, pasa a segundo plano... Dado que no ha llevado vida profesional desde 1955 y que desde entonces su vida ha sido el gobierno de la institución, ahora que no tiene este punto de apoyo, se queda un tanto en el aire. Por ello mismo, la tanda de ejercicios a los cruzados de 1992 la dará haciendo un esfuerzo mental enorme. Digamos que en su fuero interno había renunciado de algún modo ya al gobierno y, por lo tanto, su disposición interna era muy distinta a la de años anteriores. Será la última tanda de ejercicios que dirija a Cruzados.

Pérdida irreparable

El martes de Pascua 5 de abril de 1994, a las diez de la mañana, comienza la II Junta Mayor Ordinaria de los Cruzados en la que el primer punto en el orden del día es la elección de Director General. Abelardo, que siente no tanto el peso de la edad como el desgaste de su persona por los prolongados años de gobierno en la institución, ha consultado en vísperas de la Junta con el cardenal de Madrid, Mons. Ángel Suquía, la posibilidad de hacer una renuncia previa a las votaciones. El cardenal le ha aconsejado abandonarse una vez más en Dios, y dejar al Espíritu Santo que hable por medio de los miembros de la Junta. El resultado de la votación es la reelección por unanimidad de Abelardo. Acepta una vez más.

A esa misma hora el P. Morales se resbala y cae en la piscina del Ayuntamiento de Ávila y se rompe la cabeza del fémur. Comienza así una enfermedad que durará hasta el 1 de octubre de 1994, en que morirá en la enfermería de los PP. Jesuitas de Alcalá de Henares. Abelardo vivirá intensamente la enfermedad del P. Morales. No sólo es el fundador de la institución que él dirige, es el director espiritual, el amigo inseparable durante 43 años, el confidente que se llevará a la tumba tanta intimidad, y el baluarte que da seguridad a todas sus decisiones. Sin duda, la muerte del P. Morales el 1 de octubre será un golpe muy serio en su psicología. Ante su tumba hablará de la pequeñez de la institución, grande para sólo Dios, y de la fidelidad a la obra que el P. Morales ha fundado.

El relevo final

El 5 de enero de 1997 la Junta Mayor celebrada en Salamanca en sesión extraordinaria acepta la dimisión de Abelardo por razones de salud como Director General de la institución, cargo en el que ha permanecido 37 años consecutivos y casi 40 alternos, desde que fuera elegido en Comillas. En esa misma sesión es elegido para ocupar el cargo Laureano Yubero.

Desde entonces Abelardo deja toda la actividad pública y se convierte en un auténtico contemplativo en medio de los hombres. Sistematiza su vida. Por las mañanas camina por el Paseo de Rosales hasta el templo de Debod rezando el rosario.

Desde allí contempla Madrid y recorre con la mirada todos los sagrarios de la ciudad. Al posar los ojos sobre cada uno de ellos, saluda a Jesús y pide por la Cruzada-Milicia de la Virgen. Charla con otros jubilados que van allí a tomar el sol y descansar. Regresa rezando otro rosario. Por la tarde contempla en la capilla, reza, contesta el correo, escribe los «Aguas Vivas» para la revista *Estar*, ve fútbol, canta sus propias canciones... Los sábados asiste a las 8 de la mañana a la iglesia de San José a la misa en honor de la Virgen, como desde 1951. En los últimos años acude a un estudio de grabación. Salva así toda su creatividad musical. En tres Navidades consecutivas (1998 a 2000) salen a la luz tres CD con 35 canciones compuestas por él mismo año tras año.

Percibe la pérdida paulatina de memoria, ese rasgo en el que siempre ha sobresalido. Es consciente de que en su vida se están operando cambios importantes. Acepta sus limitaciones, a veces no de forma ejemplar. Vive en definitiva ese despojo al que Dios mismo le ha llamado en la gracia de su 50 cumpleaños. Se deja hacer, sube bajando. No es perfecto y se da cuenta. Acepta su propia imperfección, ese camino de aceptar las propias miserias durante tantos años predicado y ahora vivido. Ya lo había previsto: «La muerte es un consuelo, el último regalo de la misericordia de Dios. Te va llenando de pobreza a medida que te haces viejo: pierdes a tus seres queridos, pierdes salud, memoria... y te vas quedando solo para verte a solas con Él» (19-VIII-1986).

Y espera. El P. Segundo Llorente S.J., misionero en Alaska, con quien tanta amistad hizo en las dos tandas de ejercicios que dirigió a los Cruzados de Santa María (años 1963 y 1973), le había dicho: «Abelardo, usted vivirá setenta años», algo que él había tomado casi como una profecía. Pero Abelardo vivirá lo que Dios quiera, evidentemente. Y mientras espera, nos permite dar gracias a Dios por el don de su vida — ya que por su mediación tantos y tantos jóvenes han conocido a un Cristo vivo— y disfrutar hoy de este precioso volumen escrito al hilo de sus vivencias durante casi treinta años.

Termino, Abelardo, con dos estrofas de esa canción carmelitana que tantas veces has cantado, y ahora encarnas:

*Si tu barca es vieja, Jesús la ha escogido,
la prefiere a otras mejores quizá.*

*Si amenaza hundirse, Él ya lo sabía
y es Él quien la guía a puerto de paz.*

*No ves que es el mismo que tanto te ha amado,
el que te ha mirado con inmenso amor.*

*Si Él es el que nunca te ha desamparado,
cuando tú le huías, cuando le has dejado,
el que tantas veces te libró del mal.*

*¿Cómo ha de dejarte, ahora que el sol brilla,
ahora que tu barca ya llega a la orilla,
ahora que es ya tiempo de desembarcar,
ahora que es ya tiempo de desembarcar?*

Javier del Hoyo